

CERVANTES, LECTOR DE JENOFONTE, Y LAS “OBRAS DE XENOPHONTE” TRADUCIDAS POR DIEGO GRACIÁN

Lía SCHWARTZ
The Graduate Center
The City University of New York
New York, NY 10016. EE. UU.
lschwartz@gc.cuny.edu

LA FORTUNA DE LA OBRA DE JENOFONTE DE ATENAS en el Renacimiento estuvo estrechamente ligada a la enseñanza del griego, como fue el caso de la de Luciano de Samosata. Admirado el primero en la antigüedad por su estilo elegante y por la variedad de los géneros historiográficos que practicó, se convirtió, ya desde el siglo xv, en autor muy leído por quienes iban descubriendo la literatura griega clásica, la alejandrina y la que siguió escribiéndose en las zonas grecoparlantes del imperio romano. Las sátiras de Luciano se hicieron muy conocidas, en gran medida, gracias a las ediciones bilingües en griego y latín preparadas por Erasmo, que circularon ampliamente desde comienzos del siglo xvi. Otras les fueron sucediendo, sin duda, y junto a ellas, un alto número de traducciones a las lenguas europeas. Ello explica, en gran parte, el entusiasmo con el que los humanistas recrearon el género de la sátira menipea en los siglos xvi y xvii, de Erasmo a Justo Lipsio y Quevedo, tanto en neolatín como en las lenguas vernáculas. Más adelante, cuando la eclosión de sátiras en prosa y en verso, construidas en imitación de fuentes latinas y griegas, de Horacio a Luciano, permitió que la mayoría de los lectores educados de Europa se familiarizaran con las dos variedades de la *satura*, se hizo posible llegar a una temprana definición del género. Fue Isaac Casaubon quien la presentó en su tratado impreso en París en 1605, que sigue aún vigente hasta el presente.¹

El caso de la obra del autor de la *Cyropaedia* fue semejante. Hoy sabemos sobre Jenofonte que fue un conservador en política y un simpatizante de Esparta, por lo cual se marchó de Atenas hacia el año 403 a.C. y se unió a las fuerzas reclutadas por Ciro el Joven para obtener el trono de Persia. A la muerte de éste, Jenofonte, elegido general, condujo “la retirada de los diez mil” hasta el mar Negro, a través de Kurdistán y Armenia, marcha forzada que luego relató en su *Anábasis*. Según lo que nos transmitió en sus escritos, aunque no existen pruebas al respecto, Jenofonte fue discípulo de Sócrates.² En todo caso lo conmemoró en la *Apología*, después de la muerte del filósofo

en 399 a. C., así como en *Memorabilia*, *Oeconomicus* y en su *Symposium*. Por ello, en la antigüedad se consideró a Jenofonte un filósofo socrático, cuyas obras ofrecían un retrato del maestro que difería del que Platón había construido en sus diálogos.

Muy apreciadas fueron también sus obras historiográficas que, además de la *Anábasis*, incluyen *Hellénica*, el relato histórico de los acontecimientos que tuvieron lugar en Grecia a partir del año 411, fecha hasta la que llega la historia de Tucídides, y que concluye con la batalla de Mantinea en 362 a. C. Jenofonte compuso asimismo varios tratados o ensayos sobre cuestiones políticas y económicas, sobre las teorías de la guerra que circulaban en la sociedad griega de su época, sobre la caballería y sobre las actividades de la caza como preparación ideal para quienes participarían en empresas bélicas. Textos muy leídos en la antigüedad fueron, por tanto, el *Cynegeticus* (“*De la caza*”), *De la equitación* y *La república de los lacedemonios*. Jenofonte escribió además un encomio del rey de Esparta, titulado *Agésilao*, y otras obras menores. Cicerón lo elogió como escritor en su obra e imitó en *De senectute* una sección del discurso que Jenofonte hacía pronunciar a Ciro en su lecho de muerte (*Xenophon, Cyropaedia*, VIII. 7. 17-22).³ Tácito en su *Agrícola* y Plinio el Joven en su *Panegírico de Trajano* recrearon asimismo pasajes del *Agésilao*.

Desconocido en Occidente durante la Edad Media, y no muy leído en Bizancio, su importancia fue acrecentándose hacia el siglo XII, cuando gramáticos y retóricos comienzan a utilizar su obra como texto fundamental en la enseñanza. Los primeros italianos que aprendieron griego se ejercitaron con Jenofonte. No sorprende, pues, que pronto lo tradujeran al latín. Circularon así en manuscritos y más tarde en impresos, cinco versiones del *Agésilao*, realizadas, entre otros, por Filelfo, Guarino y Estienne; siete de la *Anábasis*, como la de Henri Estienne, además del comentario de Marc-Antoine Muret; cinco de la *Apología de Sócrates*, que tradujeron, por ejemplo, Leonardo Bruni y Henri Estienne; trece versiones de la *Cyropaedia* o *Cyri institutio*, totales o parciales, entre las que sólo mencionaré las de Valla, Poggio, Filelfo, Etienne; varias de *De equitandi ratione*, *De equitum magistro*, *Hellenica* o *Historia graeca*, el *Hiero*, que realizó Erasmo, entre otros, y *Lacedaemoniorum respublica*; once de las *Memorabilia* y no pocas del *Cynegeticus*, del *Oeconomicus*, del *Symposium* y de las obras menores (Marsh 79-83). La edición más temprana, que apareció en 1476, es la que contenía la versión latina realizada por Francesco Filelfo de la *Cyropaedia*. La *princeps* del texto griego de su obra sería publicada por Filippo Giunta en Florencia en 1516.⁴ Pronto se sucedieron ediciones latinas o bilingües en griego y en latín, entre ellas, las aparecidas en Ginebra en 1555, 1561 y 1581. Se ha conservado un gran número de estas ediciones en bibliotecas española.⁵

A las traducciones latinas le seguirían numerosas otras a las lenguas vernáculas, fenómeno generalizado durante los siglos XVI y XVII.⁶ La realización y posterior circulación de estas traducciones en el Renacimiento se explica a partir de las expectativas ideológicas de los maestros y lectores de esos siglos. En efecto, si del *Hiero*, ya en versión de Bruni de 1403 titulada *De tyranno*, se han conservado según Marsh casi doscientos manuscritos, también obtuvo amplia difusión su *Apología Socratis*. Por otra parte, el interés cortesano por la actividad de la caza hizo popular su *Cynegeticus*. Con todo, entre las obras que más se leyeron en traducción se cuenta, sin duda, la *Cyropaedia*, caracterizada por la crítica como una “biografía idealizada” de Ciro el Mayor. Existía ya un precedente fundamental de este interés por la obra: los elogios de Cicerón a este *speculum principis*, que se conservaron en sus cartas. Como lo indica el título escogido en griego: *Kyrou paidéia*, “la educación de Ciro”, el libro primero de este relato se focaliza en la descripción de sus primeros años; en los siguientes siete libros se describen sus campañas bélicas, sus conquistas y el entrenamiento de los nuevos habitantes del imperio. Jenofonte construyó su figura como realización perfecta de principios éticos y políticos que le eran afines, es decir, característicos de Esparta. La instrucción recibida explicaría, según afirma, la carrera exitosa de Ciro como militar y gobernante.

En este relato de la vida de Ciro insertó Jenofonte el episodio novelesco de los amores de Pantea y Abradatas, rey de Susa, que anticipa otros tantos de la novela griega que se escribiría varios siglos más tarde. Se ha señalado, por tanto, que estas novelas recibieron la influencia directa no sólo de la épica y de la tragedia griegas, sino de narraciones historiográficas como la de Jenofonte (Hägg 111-114).⁷ Ahora bien, para trazar la historia de su recepción durante el siglo XVI, debe recordarse que la *Cyropaedia* fue considerada tanto un “poema heroico”, comparable a los de Homero, o a la *Eneida*, como a la *Historia etiópica* de Heliodoro, con la que quiso competir Cervantes. En efecto, Sir Philip Sidney así las había caracterizado en su tratado *The Defense of Poesy*.⁸ En Francia, la novela de Mlle. De Scudéry, *Artamène ou le Grand Cyrus*, ha quedado como ejemplo significativo de su influencia sobre la literatura europea de ficción.⁹ Desde esta perspectiva histórica, me parece más que plausible suponer que Cervantes había leído la *Cyropaedia* ya sea en una de las numerosas traducciones italianas que circularon en aquel siglo o en traducciones al español, como la que realizó el padre de su viejo amigo Lucas Gracián Dantisco, con quien había reanudado relaciones en Valladolid en torno a 1604 (Canavaggio 172).

En 1552 Diego Gracián de Aldrete (1494-1584) publicó en Salamanca su traducción castellana del griego de varios textos de Jenofonte. Conocido helenista, y temprano simpatizante de Erasmo, traductor de Plutarco, Gra-

cián había estudiado en París y Lovaina, y muy probablemente llegó a conocer a Erasmo y a Juan Luis Vives, según Jorge Bergua Cavero. Amigo asimismo de los hermanos Valdés, estuvo al servicio de varios nobles, fue secretario polígloto de Carlos v y más adelante de Felipe II. Entre sus traducciones principales, además de la de Jenofonte, deben mencionarse las de los *Apophtegmas* (1533) y las *Morales* (1548) de Plutarco, y la de Isócrates (1551).

Para este volumen, titulado: *LAS OBRAS DE XENOPHON TRASLADADAS DE GRIEGO EN Castellano por el Secretario Diego Gracián, divididas en tres partes, Dirigidas al Serenísimo Príncipe don Philippe nuestro Señor*, seleccionó varios textos, que incluían la *Cyropaedia*. La primera parte contenía la *Historia de Cyro que trata de la Criança*; la segunda la *Historia que trata de la entrada de Cyro el menor en Asia*; la tercera, cinco obras breves: *Del oficio y cargo de capitán general de los de a caballo*, *Del arte militar de cavallería*, *De los loores y proezas de Agesilao Rey y capitán general de los Lacedemonios* y *De la caça y montería cuyo exercicio es necesario para la guerra*.¹⁰ Esta última obra circuló ampliamente en el siglo XVI, como señalé anteriormente y así lo demuestran, por ejemplo, las referencias que encontré en tratados venatorios vernáculos como el *Discurso sobre la montería*, de Gonzalo Argote de Molina, que antepuso a su edición del *Libro de la Montería* del Rey D. Alonso XI, publicado en Sevilla en 1582. En el capítulo III titulado “De los Autores que han escrito de Montería”, Argote menciona a nuestro autor: “No fué el Rey Don Alonso el primero que trató de hacer libro deste ejercicio, que ya en tiempo de Severo Augusto Emperador escribió Oppiano en verso heróico griego un libro de la caza, y ántes dél, en la misma lengua, Xenofonte” (7).¹¹

A mi modo de ver, Cervantes había leído no sólo la *Cyropaedia*, sino también este tratado venatorio y, al menos, algunas secciones de las *Memorabilia*. Como es sabido, el nombre de Jenofonte aparece sólo una vez en el prólogo a la primera parte del *Quijote*.

De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro. (675-77)

Lo dice el autor a su amigo para justificar irónicamente sus temores ante la publicación de su historia del ingenioso hidalgo, que no podrá salir al abrigo de la supuesta erudición desplegada por otros de los escritores de su época. Sin embargo, un dato de este tipo no es significativo a la hora de evaluar la relación que los textos de Cervantes entablan con obras latinas o griegas y así lo he comprobado al carear más de un pasaje con sus posibles antecedentes

clásicos, aun cuando estos no estén identificados y sólo sean reconocibles por un lector competente. La burla de la falsa erudición en el *Quijote* no debe impedirnos reconstruir los contextos de producción de los discursos literarios cervantinos que dan fe de la frecuentación de libros clásicos y contemporáneos, en los que se fueron forjando las mentalidades de aquellos siglos. Ahora bien, el examen de la presencia de un texto de autor reconocido, Jenofonte en este caso, debe llevarse a cabo con conciencia del carácter de *bricolage* característico de la cultura renacentista. Sabemos hoy que la transmisión de un fragmento famoso de autor griego o latino podía ser tanto directa como indirecta, es decir, que podía haber sido leído por primera vez en una poliantea, en una miscelánea o en una edición antológica de obras de varios autores. Ello no obliga a suponer que el autor de aquella época no podía haberlo buscado y vuelto a leer en el texto original del que se había desprendido.

Un ejemplo significativo es el que nos ofrece el posible diálogo que un pasaje del capítulo II, 6 del *Quijote* entabla con *Memorabilia*, o *Recuerdos de Sócrates* de Jenofonte. En 1954, Arturo Marasso, siguiendo a Rodríguez Marín, había sugerido que Cervantes, comparando a don Quijote con Hércules, y elevándolo así a la categoría de héroe clásico en la segunda parte, podría aludir a la alegoría de la senda de la virtud y el camino del vicio, representada frecuentemente con el motivo de “la letra y llamada pitagórica”. El hombre, siguiendo el ejemplo de Hércules, debía aprender a escoger la auténtica vía. El capítulo II, 6, trata, por supuesto, de la respuesta de don Quijote a su sobrina, en la que desarrolla la idea de que la andante caballería es fuente de trabajos pero también de incontables bienes, por lo cual la homologa a la senda de la virtud:

De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños [...]. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que, casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir a pesar de todo el mundo, y será en balde cansaros en persuadirme a que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide, y, sobre todo, mi voluntad desea. *Pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos a la andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ello; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro que: “Por estas asperezas se camina/ de la inmortalidad al alto asiento,/ do nunca arriba quien de allí declina”.* (676-77)

Como es sabido, los filósofos cínicos y los estoicos exaltaron a Hércules por su fortaleza como ideal de virtud. Fue por ello muy reiterado el relato de su búsqueda muerte en el monte Oeta y su posterior apoteosis o ascensión al Olimpo donde, según los relatos mitográficos, adquirió la inmortalidad, es decir, *vida que no tendrá fin*. En el libro II (1, 21-33) de *Memorabilia*, Jenofonte citaba el apólogo del sofista Pródico de Ceos (siglo V a.C.), según el cual Hércules se dirigía a un lugar tranquilo para decidir qué dirección tomar en su vida, cuando se le aparecieron las figuras alegóricas del vicio y la virtud. *Virtud* será quien entrene al joven en la práctica de la mejor vida, de la que Hércules ofrecerá numerosos ejemplos con sus acciones y proezas.

Ahora bien, este famoso “relato de Hércules ante la encrucijada” adquirió vida independiente, por así decirlo, desde el siglo XV. En efecto, fue traducido en prosa y en verso, entre otros, por Saxolus Pratensis, Philippus Melancthon y Guillaume Budé, y su popularidad se extendió en Alemania hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando J. S. Bach lo utilizó como libreto de su cantata “Hercules auf dem Scheidenweg” de 1733, según D. Marsh. Reaparece, como es de esperar, en numerosos textos españoles del XVI y del XVII. Sobre su presencia en la obra de Baltasar Gracián, nada puede añadirse a lo ya dicho por Aurora Egido tanto en su edición de *El Discreto* a propósito de los realces VIII y XXIV, como en sus comentarios sobre *El Criticón* en *La rosa del silencio* y *Las caras de la prudencia*. En cuanto a Quevedo, remito al artículo que sobre la *Tabula Cebetis* y los *Sueños* publicó Sagrario López Poza. Estudió entonces cuestiones de autoría de este diálogo filosófico-moral que también había desarrollado alegóricamente el motivo de la elección entre el vicio y la virtud, opúsculo que “formó parte del acervo cultural de todo hombre educado” en los siglos XVI y XVII, y que generó numerosas representaciones plásticas. La *Tabula Cebetis* circuló en ediciones conjuntas con el *Enchiridion* de Epicteto o con el *Sueño* de Luciano. Pero debe añadirse que la edición también conjunta que citaba López Poza, impresa en Colonia en 1596, incluía, además del *Encheiridion* de Epicteto y de la *Tabula Cebetis*, la *Fabula de sortitione* de Platón y el apólogo de Hércules de Pródico de Ceos.¹² De este sofista contemporáneo de Sócrates, y del que no se ha transmitido mayor información, sólo sabemos que Platón lo había representado como personaje en su diálogo *Protágoras*, mientras que en el *Symposium* Eryximachos se había referido a las alabanzas en prosa de estos maestros itinerantes que recibían pago por su docencia, entre las que mencionaba esta celebrada parábola de “La elección de Hércules” sin citarla (Platón 34-35).¹³ En verdad, no he hallado aún otro texto griego clásico que la haya transmitido, excepto éste de *Memorabilia* de Jenofonte, que Cervantes leyó en algún momento, o tal vez tradujo cuando joven para aprender un poco de griego, de esas “cosas que

saben los niños de la escuela”, como apuntaba Cipión en el *Coloquio* (*Novelas* 569). Pero dada la existencia de obras semejantes de contexto estoico, no parece pertinente determinar la filiación exacta de este antecedente.

Diferente es el caso que ofrece el pasaje del *Quijote* del libro II, capítulo 34, sobre la caza de montería. Sin nombrar a Jenofonte, Cervantes parafrasea en él una sección de la *Cyropaedia*, a la vez en diálogo o contaminación con otras posibles fuentes, como *Il libro del Cortigiano* de Castiglione, un coloquio de Erasmo, y su *Elogio de la locura*. Me refiero al episodio que relata la aventura de la caza de montería, organizada para diversión de los duques en su palacio. Cervantes contrasta dos opiniones sobre esta actividad enfrentando así al duque con Sancho, que huye asustado cuando ve al jabalí. Dice el escudero: “Yo no sé qué gusto se recibe de esperar a un animal que, si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida”; y más adelante insiste:

Eso es lo que yo digo –respondió Sancho– que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, a truco de un gusto que parece que no le había de ser, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno. (913)

Más allá de constituir un recurso puesto al servicio de la caracterización de la cobardía del escudero, la opinión adjudicada a Sancho recoge ideas características de los discursos éticos renacentistas, que derivan, por ejemplo, de una perspectiva erasmiana de crítica del ejercicio venatorio. En su coloquio *Venatio* de 1522 Erasmo ya describía la caza como una actividad inútil y cruel, idea que desarrolla en el *Elogio de la locura* (IV, 442, A-B), donde clasifica a los nobles obsesionados por la caza entre los locos:

A la misma categoría [de locura] pertenecen los que dejan todo por la caza mayor, diciendo que encuentran un placer indecible cuando oyen el desagradable retumbar del cuerno y el ladrido de los lebreles. (81)

En cambio, la respuesta del duque se apoya en nociones desarrolladas por Jenofonte, que recogerían los escritos sobre el caballero perfecto, como el de Castiglione:

Antes os engañáis, Sancho –respondió el duque–, porque *el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno*. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer a su salvo al enemigo; *padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables; menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y, en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos*; y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores. (913)

Jenofonte defendía la importancia del entrenamiento de los jóvenes nobles en la caza alabando las condiciones de su protagonista en dos pasajes de la *Cyropaedia*. En VIII, 34 (según la numeración de las ediciones modernas) señala que Ciro consideraba que este deporte era el mejor para entrenar a los futuros soldados de infantería y de caballería, de modo que desarrollaran la disciplina necesaria para luchar en la guerra. Mediante este ejercicio se los acostumbraba a adquirir temperancia y a soportar todo tipo de trabajos, el calor y el frío, el hambre y la sed. En la traducción de Gracián de Alderete se lee:

Y ordenando y haziendo estas cosas y otras semejantes por causa del exercicio de la guerra los sacaua a caça a los que pensaua que les conuenia exercitarse en ella. *Este exercicio juzgaua que era el más bueno para las cosas de la guerra [...] porque se ceuan del desseo y codicia de honra y esta los acostumbra mas a sufrir los trabajos y los fríos y los calores y la hambre y la sed a los que se dan a ella.* (Libro octauo de la historia de Cyro, f. 865 r).

Ya en el libro I, al describir la educación de los jóvenes persas, decía asimismo Jenofonte que el estado subvencionaba los ejercicios de caza con el dinero del tesoro y que el rey era su líder, como en la guerra, ya que este entrenamiento parecía ser la mejor preparación para entrar en batalla. Los futuros soldados se acostumbraban así a levantarse temprano por la mañana y a soportar el calor y el frío. Aprendían a tirar al animal salvaje que se les acercaba, y a desarrollar la valentía necesaria para enfrentarse con él.

En su tratado venatorio Jenofonte reiteraba esta idea que había adjudicado a los persas en la *Cyropaedia*. Se lee así en *Cynegeticus* (I, 17-18) que los jóvenes no debían despreciar la caza ni la educación escolar y que debían entrenarse en la primera para luego dedicarse al estudio (370-72; 442). En la traducción de Gracián leemos:

Primeramente conuene que luego como alguno sale de edad de mochacho entre en el arte y exercicio de la caça y después se dé a los otros estudios y disciplinas al que tuuiera facultad y sustancia para ello. (f. 212 r)

Los consejos se reiteran en la exhortación final desarrollada en el capítulo XII de la traducción de Gracián:

el exercicio de la caça que no trae poco prouecho a los que fueren aficionados a ello, pues les acarrea sanidad para el cuerpo y haze que puedan mejor ver y oír y envegecer más tarde. *Este los enseña y ensaya para la guerra. Pues es assí que los que con las armas a cuestas caminaren por malos caminos, no se cansaran tanto y sufriran los trabajos por estar acostumbrados a ello, quando cazauan las fieras.* Demas desto podrán dormir en el suelo duro y velar muy bien, quando se lo mandare el capitan. Quando fueren contra los enemigos sabran los acometer y hazer su dever, como lo hazian en la caça.

Estos conceptos son inevitables, sin duda, en todo manual venatorio, pero me parece también probable que estos *loci* de Jenofonte hubieran sido fuente principal para construir el discurso del duque. En nota a este pasaje en la edición dirigida por F. Rico se indica que la frase que Cervantes adjudica al duque “La caza es imagen de la guerra”, es cita del *locus classicus* de la *Cirope-dia*, I, 10. La frase no figura en el texto de Jenofonte, por supuesto, pero además habría que rectificar que el capítulo y párrafo al que se refieren es el I, 2, 10. En todo caso, aunque el lexema *imagen* no aparezca en este lugar, el sentido de la frase cervantina traduce las declaraciones de Jenofonte de que es la mejor “preparación” para la lucha. Castiglione, que también conocía obras de cinegética de la antigüedad decía que *la caza se asemejaba o parecía* a la guerra, variante que Cervantes pudo asimismo haber leído:

Sono ancor molti altri exercizi, i quali, benché non dependano drittamente dalle arme, pur con esse hanno molta convenienza e tengono assai d’una strenuità virile; e tra questi parmi la caccia esser de’ principali, *perché ha una certa similitudine di guerra*; ed è veramente piacer da gran signori e conveniente ad uom di corte; e comprendesi che ancor tra gli antichi era in molta consuetudine. (I, 22; 118)

En verdad, es posible que la frase atribuida al personaje cervantino que, por el momento, tampoco he podido hallar en repertorios de proverbios clásicos, se haya construido en imitación del verso famoso de Ovidio sobre el sueño como imagen de la muerte, tan reiterado en textos poéticos áureos, ya que ambas tienen la misma estructura: “Somnium imago mortis est”.

Para concluir, me parece significativo insistir en que, al contrastar estas dos visiones de la caza, Cervantes vuelve a demostrar su fidelidad al principio aristotélico y horaciano del decoro, cuando en su historia del ingenioso hidalgo presenta a personajes que hablan y opinan desde una perspectiva ética y social basada en la imitación de conductas y discursos que modelan las ideologías características de la sociedad estamental. En lo que respecta a Sancho, sería *lectio faciliior* explicar su respuesta sólo como signo de cobardía. Cervantes probablemente leyó el *Encomium Moriae*, si no el coloquio *Venatio*. Y en cuanto al duque, nada mejor que adjudicarle la opinión de un estratega y político conservador como Jenofonte, que había sido enviado al exilio por haber preferido los ideales aristocráticos de Esparta a la democracia ateniense.

NOTAS

1. Sobre la función de mediación que cumplieron las traducciones al latín y a las lenguas vernáculas en el caso de la sátira menipea, véase Schwartz.

2. Jenofonte de Atenas (c. 430 a.C. - c. 354 a. C.), nacido en el *demos* de Ergia, que se hallaba a cierta distancia de la ciudad, recibió la educación formal que era corriente en su época en matemáticas, en retórica y en el arte y táctica militar. Los comentarios incluidos en su *Symposium* permiten suponer que conocía a los líderes políticos y militares de Atenas. Invitado por el tebano Proxeno a participar en una expedición de mercenarios griegos al mando de Ciro el Joven contra Artajerjes en el imperio persa, adquirió poder y fama en el ejército como líder y como estratega; fue testigo de la derrota de la expedición pero asimismo responsable de la retirada de las tropas griegas. Hacia el año 396 a. C. se unió a las tropas del rey Agesilao de Esparta que iniciaba su campaña de conquista del este. Probablemente luchó contra Atenas, en la batalla de Coronea en el 394 a. C. Exiliado por sus conciudadanos, Jenofonte vivió en Escila (Scyllus), cerca de Olimpia, en tierras y una finca recibidas de los espartanos en premio a sus hazañas. El decreto de exilio fue rescindido en el año 369 a. C., cuando se firmó la alianza de Atenas con Esparta pero para entonces ya vivía en Corinto, donde murió en torno al 354 a. C. (Anderson).
3. Sobre las palabras de Cicerón, consúltese su *De senectute*: “Apud Xenophontem autem moriens Cyrus maior haec dicit...” (xxii, 80-81).
4. He encontrado cuatro ejemplares de una edición de 1527, *Xenophontis omnia quae extant...* publicada también por los herederos de Giunta: Forentiae: Per haeredes Philippi Iuntae.
5. Por ejemplo, la edición de Basilea, 1545, de la traducción de Filelfo: *Xenophontis... Opera... in latinam linguam conversa...*, que contiene “De Cyri Persarum regis, lib. VIII, interprete Francisco Philelpho”; o *Xenophontis... Opera: partim Graecorum exemplarium collatione recognita, partim a uiris doctissimis iam primum, in latinitate donata...*, Basilea, 1534, de la que hallé al menos siete ejemplares, uno en la BNE, con las primeras traducciones de Filelfo de la *Ciropedia*, de la *Lacedaemonium Respublica* y del *Agesilao*; de “Factis et dictis Socratis”, en la versión del Cardenal Bessarion; del *Oeconomicus*, realizada por Raffaele Maffei, de la *Apologia* de Sócrates, por Leonardo Bruni; de *Venatione libellus*, por Ognibene Leonicensis, de *Hieron sive Tyrannus*, en la versión de Erasmo, y de *Cyri minoris expeditione*, a cargo de Romolo Amaseo, además de la traducción de Wilibald Pirckheimer del *De rebus Graecorum*. Sin pretensión de exhaustividad, cito otras ediciones que he consultado en la BNE: *Xenophontis omnia quae extant Opera/ quorum interpretatione a diuersis editam Henricus Stephanus*, de 1561; *Xenophontis... omnia, qua exstant, opera/ Ioanne Lewenklaio interprete*, Basilea, 1572; *Xenophontis... opera quae quidem extant...*, Lugduni: Apud Seb. Gryphium, 1551. También se conservan ediciones aldinas que imprimen sólo el texto griego, como *Xenophontos apanta ta eyriskomena*, Venetiis: in aedibus Aldi, 1525 y aun publicadas a fines del xvi, como la impresa en Frankfurt por Andrea Wechel, en 1596.
6. No faltan en bibliotecas españolas las traducciones italianas de la obra de Jenofonte; en la BNE y en la Biblioteca de Palacio he encontrado varias ediciones, desde la versión de Poggio (*Xenophonte della vita di Cyro Re de Persi/ tradotto in lingua Toscana da Iacopo di Messer Poggio Fiorentino nuovamente impresso*, Firenze: Heredi di Philippo e Giunta, 1521) o la traducción de Lodovico Dominichi (*Xenophonte della vita di Cyro Re de Persi/ tradotto per Messer Lodovico Dominichi*, Vinegia: Appresso Gabriel Giolito de Ferrari, 1548) hasta la versión de *I fatti de I Greci di Xenophonte/ tradotto per Mes-*

ser Lodouico Domenichi (In Vinegia: appreso Gabriel Giolito de' Ferrari, 1558) y del mismo Dominichi, una traducción de la obra moral de Jenofonte de 1558, así como una versión de Marc'Antonio Gredini (*Le Opere di Senofonte molto utili a capitani di guerra et al viver morale et civile/ Tradotto dal Greco da Marc'Antonio Gredini*, Venetia: Presso Pietro Dusingelli, 1588).

7. El episodio de los amores de Pantea y Abradatas abarca los siguientes capítulos de la *Ciropedia*: VI, 4, 1-11; VII, 3, 4 y VII, 3, 7-16.
8. El libro de Sidney, escrito entre los años de 1579 y 1585, fue publicado en 1595.
9. Sin duda, las fechas de redacción de la novela son posteriores a Cervantes. *Le Grand Cyrus*, la "novela más extensa de la literatura francesa", fue compuesta entre 1549 y 1553 pero confirman el interés por estos relatos de aventuras griegos, desde mediados del siglo XVI hasta bien entrado el XVII.
10. En este trabajo citaré por el ejemplar de la biblioteca de raros de la Hispanic Society of America.
11. "En verso heróico griego", es decir, en hexámetros.
12. Cf. *Epicteti Stoici philosophi Encheiridion item, Cebetis Thebani Tabula de vita humana prudenter instituenda. Accessere, simplicij in eundem Epicteti libellum doctissima scholia. Arriani commentariorum de Epicteti disputationibus libri quatuor*, Coloniae: in officina Birkmannica, sumtibus Arnoldij Mylij, 1596.
13. "Y si quieres, a su vez, considerar a los sofistas de valía, verás que escriben alabanzas en prosa, pero de Hércules y de otros héroes, como hace el excelente Pródico" (*Symposium*, 177 b).

OBRAS CITADAS

- Anderson, J. K. *Xenophon*. New York: Charles Scribner's Sons, 1974.
- Argote de Molina, Gonzalo. *Discurso sobre la montería*. Ed. J. Gutiérrez de la Vega. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1882.
- Bergua Caverro, Jorge. *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII)*. Zaragoza: Universidad, 1995.
- Canavaggio, Jean. *Cervantes*. Madrid: Espasa Universidad, 1987.
- Casauboni Isaaci. *De satyrica Graecorum poesi, & Romanorum satira libri duo: in quibus etiam poetae recensentur, qui in vtraque poesi floruerunt*. 1605. Ed. Peter E. Medine. New York: Delmar, 1973.
- Castiglione, Baltasar de. *Il libro del Cortegiano*. Torino: Unione torinese, 1964.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Novelas ejemplares*. Ed. Jorge García López. Barcelona: Crítica, 2001.
- . *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico y otros. Barcelona: Crítica, 1998.
- Egido. Aurora. *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*. Madrid: Castalia, 2000.
- . *La rosa del silencio*. Madrid: Alianza, 1996.
- Erasmus de Rotterdam. *Elogio de la locura*. Trad. P. Rodríguez Santidrián. Madrid: Alianza, 1992.
- Gracián, Baltasar. *El discreto*. Ed. Aurora Egido. Madrid: Alianza, 1997.

- Hägg, Tomas. *The Novel in Antiquity*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1991.
- Jenofonte. *Xenophon in seven volumes*. Cambridge-London: Harvard-Heinemann, 1968.
- López Poza, Sagrario. "La *Tabla de Cebes* y los *Sueños* de Quevedo". *Edad de Oro* 13 (1994): 85-101.
- Marsh, David. "Xenophon". *Catalogus Translationum et Commentariorum*. Ed. F. Cranz, V. Brown y P.O. Kristeller. Vol. 7. Washington: Catholic University of America, 1986. 79-85.
- Platón. *El banquete*. Trad. Luis Gil. Barcelona: Labor, 1994.
- Schwartz, Lía. "Golden Age Satire: Transformations of Genre". *Modern Language Notes* 105 (1990): 260-82.